

siga su curso, ya que forma parte del orden de la naturaleza; el médico debe contemplarlo como una guía para su actuación. Como señala Peter se percibe aquí una auténtica apología del dolor.

Por el contrario, el cirujano jefe del hospital de la Charité en Paris, Ambroise Sassard, nos introduce en su *Essai et dissertation sur un moyen a employer avec quelques opérations pour en diminuer la douleur*, en la perspectiva original, por lo poco común en su época, de la necesidad de que el médico luche contra el dolor, hasta el punto de que, en 1780, año de edición de la obra, esté abogando por el recurso a la anestesia quirúrgica sistemática. En este caso, como señala Peter, en los tres textos hay un determinado concepto del bien que es variable: si para Salgues, el bien es el dolor, Petit incorpora el consuelo, exhortando al enfermo en la paciencia para soportarlo, mientras que para Sassard, el bien es hacerlo desaparecer. De todos estos puntos de vista, se impondrá la idea del dolor necesario que el paciente tiene que dominar en la medida en que lo haga suyo, alcanzando así su madurez y auténtica dignidad como ser humano.

La persistencia de estas representaciones del dolor bueno y necesario, así como de su valor humanizador, pese al aparente triunfo contemporáneo de la lucha contra el mismo, forma parte de la reflexión que la obra de Peter nos ofrece. Si en el contexto de la literatura de creación, Ernst Jünger hizo del dolor el centro de su escritura, la riqueza de matices que ofrecen estas fuentes históricas sobre el dolor, permiten augurar la aparición de nuevas investigaciones que arrojen luz sobre periodos poco explorados del estudio histórico sobre el dolor, que son la mayoría.

ROSA BALLESTER

William F. BYNUM (1994). *Science and the Practice of Medicine in the Nineteenth Century*. Cambridge, Cambridge University Press [Cambridge History of Sciences Series], XVI + 283 pp. ISBN: 0-521-25109-5; 0-521-25109-X (pbk.)

He aquí un libro que habla de lo que suelen hablar los libros dedicados al estudio de la Medicina durante el siglo XIX y en el que, por otra parte, se defiende una tesis que tal vez ya no esté necesitada de defensores: que la medicina científica actual adquiere sus fundamentos teóricos y sus estructuras institucionales y profesionales a lo largo de un proceso histórico que cubre todo el siglo XIX. Lo que conocemos como medicina científica actual está estructurada en dos estratos superpuestos. El primero constituido por la herencia del siglo XIX que abarca

conceptos teóricos, orientaciones metodológicas, técnicas instrumentales, prácticas, etc. Este núcleo logrará un vigoroso y extraordinario desarrollo gracias a la revolución tecnológica de nuestro siglo xx. El segundo integrado por aportaciones conceptuales y metodológicas radicalmente nuevas.

Que se hable sobre las mismas cosas, no implica necesariamente que no se pueda hablar de otro modo. La disposición interna del libro que comentamos, sin llegar a ser enteramente original —los cuatro primeros capítulos dedicados sucesivamente a la medicina en 1790, la hospitalaria, la comunitaria y la de laboratorio, son de corte muy clásico— reordenan los materiales de forma discretamente novedosa en algunas de sus partes.

El Prof. Bynum, en el prólogo de esta síntesis, nos anuncia su propósito metodológico: describir el proceso de cambio operado en la medicina del siglo xix manteniendo un equilibrio entre los viejos acercamientos propios de la historia intelectual y las más recientes perspectivas sociales de la presente generación de historiadores. Esta operación debería conducir a la formación de un discurso más unitario e integrado que el que se nos presenta en el libro y sólo es más evidente la integración —en función del nivel de investigación— en algunas parcelas. Así la producción de ideas médicas se presenta en un contexto muy tradicional, llegando en ocasiones a la sucesión de «grandes figuras». No está exento de ello el capítulo 5 (Ciencia, enfermedad y práctica) cuyos diferentes epígrafes están centrados, predominante aunque no exclusivamente, en las obras de Prout, Virchow, Pasteur, Koch, Lister o Semmelweis.

El último capítulo del libro presenta a manera de conclusiones dos grandes propuestas: la primera acerca del impacto que sobre la profesión médica tuvo el proceso de adquisición de bases científicas por la medicina durante el siglo xix; la segunda sobre la incidencia que esta nueva medicina tuvo en el proceso de descenso de la mortalidad durante la segunda mitad del mismo siglo. El libro termina con una bibliografía por capítulos comentada (pp. 251-253); bibliografía de fuerte sesgo anglófono, con total ausencia de títulos españoles. ¿No merecían, al menos, estar *La Historia Clínica* o *La relación médico-enfermo* de Laín Entralgo o el *John Hughlings Jackson* de López Piñero?. Este sesgo bibliográfico tiene obviamente su correlato en el notable anglocentrismo del discurso, que el propio Bynum reconoce («*my Europe is rather Anglocentric*»). Un buen índice facilita el manejo del libro.

JUAN L. CARRILLO